



CIUDADANÍA Y VALORES
FUNDACIÓN

¿QUÉ HAY DE NUEVO?

Por Javier Paniagua

Profesor de Historia Social de la UNED, director del Centro "Alzira-Valencia"

Francisco Tomás y Valiente

Marzo de 2008

¿QUÉ HAY DE NUEVO?

Después del periodo 1914-1945, otra época de “guerra de treinta años”, con sus interrupciones y conflictos, como la guerra civil española, las cosas fueron clarificándose. El fascismo fue derrotado y las propuestas antiliberales que criticaron a los partidos políticos como ejes de las diferentes opciones que encauzaban la representación de la soberanía nacional, retrocedieron. Ni anarquistas, ni fascistas, ni radicales de extrema izquierda tienen ya fuerza para cuestionar, desde posiciones ideológicas distintas, el sufragio universal en un territorio constituido en estado. El sistema democrático, basado en la soberanía de todos los ciudadan@s, que desde **Locke** hasta **Stuart Mill** y **Comte**, pasando por **Rousseau** habían formulado, junto a la economía de mercado que **Adam Smith** teorizó, triunfaron en todo el mundo occidental a pesar de la guerra fría, los regímenes dictatoriales residuales y la ofensiva que los sistemas autodenominados marxistas, chino y soviético, intentaron extender especialmente en aquellos núcleos descolonizados o subdesarrollados. **Marx** había señalado que la voluntad popular no sería auténtica si no desaparecían las clases sociales, algo que nunca llegó a definir con claridad, y sobre lo que los distintos marxismos han estado especulando. Pero 75 años después de la Revolución Soviética los sistemas comunistas terminaron en un estrepitoso fracaso, con una historia de depuraciones y asesinatos inimaginables para los que habían proclamado con énfasis la superación de la explotación. Resultaba que el sistema del libre mercado, y el de representación partidista, con todas sus deficiencias, proporcionaba mejores resultados para los trabajadores, cada vez más diferenciados por la división técnica de la producción, y surgía un estado de bienestar que proporcionaba prestaciones sociales desde la cuna a la tumba, avalado tanto por socialistas como liberales y demócratas cristianos. Y ese ha sido el único elemento que ha mantenido, con dificultad, la unidad socialdemócrata, después que el PSOE fuera uno de los últimos partidos en abandonar el marxismo, disminuyendo las diferencias entre lo que tradicionalmente ha sido denominado izquierda y derecha, convertidas en tradiciones culturales y modos de actuación de épocas pasadas, pero cada vez más igualados a pesar de los estilos y los matices en determinados puntos. Y ni siquiera la reacción neoliberal o neoconservadora que cuestionó las dimensiones del estado en los años 80 del siglo pasado han eliminado las bases de ese gran pacto implícito por el que los ciudadan@s tenían derecho a determinadas prestaciones sociales en sanidad, dependencia, educación, jubilación y paro.

El proceso de socialización de la racionalidad ante los problemas se ha ido extendiendo. Ya me dirán, por mucho énfasis que se ponga, en qué aspectos fundamentales se diferencian los grandes partidos que mantienen el poder en los países desarrollados. Si todavía perviven cuestiones de moral en algunas parcelas se diluyen cada vez más en la utilización por unos y otros de las necesidades personales, como ocurre con el aborto o el matrimonio homosexual. Permanece aún una estética, un lenguaje peculiar, una forma de comportamiento acumulada por tradiciones diferenciadas de hacer política, que siguen marcando diferencias, pero todos compiten por solucionar los problemas sociales y económicos de las sociedades que gobiernan, aunque empleen en algunos casos modos de actuación distintos o divergentes, y los políticos que conducen los procesos tengan déficits personales, y no siempre sean los adecuados, pero eso ocurre en cualquier ámbito. Los ciudadanos, ricos o pobres, trabajadores o empresarios, votan indistintamente a unos u otros en función de la confianza que le inspiran sus líderes, de ahí que el marketing electoral y las formas de comunicación se conviertan en elementos predominantes, produciendo desazón y melancolía en muchos intelectuales y comentaristas que se recrean criticando el pensamiento único, y mantienen que están todavía vigentes las “profundas” diferencias entre izquierda y derecha, o apuntan a la banalización del debate. Descalifican, por reaccionario, al sociólogo norteamericano Bell, y sus epígonos, el primero en anunciar en los años 60 la muerte de las ideologías. Pero mientras tanto la izquierda, para poner un ejemplo, entona el himno de la Comunidad Valenciana, antes considerado reaccionario, de “*per ofrenar noves glories a Espanya*”, y no tardará **González Pons**, número uno del PP por Valencia, en cantar la Internacional si ello es necesario para conseguir votos. Y es que cada vez más el problema se reduce a ideas, no a ideologías, aunque estas sean la música de fondo que ya se desvanece en una retórica nada significativa para explicar el mundo de nuestros días. Son aquellas las que deben confrontarse en las campañas electorales aunque queden tamizadas por el ruido de las descalificaciones y la farfulla electoralista. Después se aplicarán, con acierto o desacierto, según su oportunidad y viabilidad. Y junto a ellas las personas que encarnan su credibilidad o la falta de confianza de los ciudadan@s en las propuestas. Lo demás es sectarismo, y parafernalia que se hacen realidad cuando las organizaciones políticas, **x** o **y**, quieren gobernar y utilizan el patriotismo de partido para defender en exclusiva a los suyos. Es curioso, al margen de la personalidad controvertida del personaje, que haya tenido que ser **Fabra**, el presidente de la Diputación de Castellón, militante del PP, quien afirme que si su partido no cumple sus promesas electorales dejará de votarle. La verdad es verdad la diga Agamenón o su porquero.

El único problema auténticamente diferenciado que queda por resolver a las sociedades abiertas y de tradición ilustrada, aparte de las disputas con culturas que mezclan el derecho civil, penal y político con los preceptos religiosos, es donde comienza y termina la soberanía nacional dentro de un territorio y cuál es el papel del estado en las cuestiones que afectan a la obligatoriedad de los acuerdos internacionales. En qué nos basamos, en suma, para delimitar los estados si sectores incrustados en ellos en virtud de defensas étnicas, religiosas o culturales, aducen la autodeterminación como un derecho inalienable, y para ello utilizan la historia, la tradición, real o inventada, y sus peculiaridades para convertirse en otras naciones-estados independientes, al tiempo que curiosamente se defiende el multiculturalismo de las sociedades y la universalización económica y social como irreversibles en el presente y futuro. El fenómeno creció con la desintegración de la Unión Soviética. La aparición de nuevos estados ha sido el triple de los que se formaron después de la I Guerra Mundial, y ha tenido efectos multiplicadores sobre lo que considerábamos países estables: Bélgica, Checoslovaquia, Yugoslavia, Kosovo, Montenegro, Macedonia, Croacia, Serbia, Eslovenia, Escocia, entre otros, tienen planteando, o han conseguido, escisiones. España, cuando el tema todavía no estaba desbordado, intentó resolver el problema mediante los estatutos de autonomía, con una solución pionera que enlazaba con su tradición federal, combinando un estado unitario con el respeto a sus divergencias culturales y transferencias de gestión, pero sin solucionarlo del todo como se ha evidenciado en el proceso de renovación estatutaria porque los nacionalismos lo consideraron en el fondo una solución transitoria y van abocados a la independencia, y los partidos estatales no han sabido delimitar el marco de cada cual.

Después de lo de Kosovo ya no quedan argumentos, por mucho que echemos mano de la historia para reafirmarnos en que un país que ha permanecido tanto tiempo unido no puede desintegrarse. ¿En virtud de qué parámetro la historia es un elemento de peso? Si la gente quiere y los demás se lo toleran por qué no van a constituirse en estados, y si además echamos leña al asunto intentando recuperar costumbres y normas medievales que fueron abolidas en el proceso de la revolución liberal para demostrar una identidad propia y su enlace con la historia ¿qué razón existe para que los serbiobosnios o los de Osetia del Norte no obtengan también su independencia? ¿Acaso no hemos barrido de la historia factores que no admitíamos para adaptarnos a los nuevos tiempos? Nos encontramos, por tanto, con una redefinición del concepto de soberanía que ya no está limitada a un territorio permanente que ha ido generándose en un proceso histórico compartido: lo dice el lendakari, son los vascos, y nadie más, los que han de definir su futuro. Lo afirman con la boca pequeña o grande diversos sectores del PSC i CiU, Cataluña es una nación que quiere encontrarse a gusto en España, calificada de nación de naciones, que si ha mantenido su configuración hasta la fecha ha sido por la fuerza y la dominación colonial, como se atreven a formular sin aspaviento sectores del

nacionalismo vasco o catalán. Reivindican la tradición fueristas, los derechos históricos, recogidos por cierto en la Constitución de 1978 en contradicción con la capacidad soberana del pueblo español, o la revolución catalana de 1640, y los intentos federalistas de 1873 o los de 1936-39, como derrotas que pueden reconducirse. Y si no, como ya ha señalado por activa y pasiva ERC, lo mejor es marcharse de España ¿Por qué este fenómeno tan contradictorio entre un universalismo económico y social, que iguala costumbres y modas, y el deseo de mantener una identidad propia para autoexcluirse de un estado que consideran no representativo de todas las opciones culturales, religiosa o étnicas? Los teóricos del nacionalismo que sigan explicándolo. Al final, sólo la opinión pública mayoritaria puede evitar el proceso mediante la reafirmación de una soberanía conquistada con la caída del Antiguo Régimen, en este año conmemorado con el bicentenario de la guerra de la Independencia, y el recurso a la fuerza, que es el único argumento que queda cuando las reglas que creíamos establecidas desaparecen en virtud de la ruptura de los principios consensuados, o, en caso contrario, tendremos que admitir las nuevas realidades, con resignación o alegría, según la perspectiva del interesado.

Javier Paniagua es profesor de Historia Social de la UNED, director del Centro “Alzira-Valencia” Francisco Tomás y Valiente de dicha Universidad, ex diputado del PSOE (1986-2000) y vicepresidente de FUNCIVA